



FERNANDO  
ÁLVAREZ  
DE MIRANDA  
LA ESPAÑA  
QUE SOÑÉ

RECUERDOS DE UN HOMBRE  
DE CONSENSO



Autor: Álvarez de Miranda, Fernando

Editorial: La esfera de los libros.

ISBN: 9788499709147

Generado con: QualityEbook v0.70, Notepad++

## La Ley Orgánica del Estado

El año 1967 estuvo marcado por la aprobación en referéndum de la Ley Orgánica del Movimiento, aquella que durante su elaboración había entusiasmado tanto a Federico Silva, como he referido anteriormente, y que intentó transmitirnos. El 22 de noviembre del año anterior, en 1966, se había presentado esta ley ante las Cortes, que como siempre la aprobó por aclamación. Fraga se encargó de la campaña para el correspondiente referéndum. «Votar sí es votar por Franco» y «Vota paz, vota progreso», fueron los lemas. Proliferaron los carteles con niños y ancianos que pedían amablemente el «sí»; la televisión, la radio y la prensa machacaron unánimemente con los argumentos más peregrinos sobre la bondad del proyecto, que tuvo a su favor el núcleo de las «fuerzas vivas» del país. Por si fuera poco, Franco se dirigió a los españoles en un dramático discurso en el que repasaba sus propios méritos, según él los veía.

Como he comentado, Ricardo de la Cierva, en su libro *Historia del franquismo* dice refiriéndose a esta ley: «Nada hay en ella que suponga una garantía de esa democratización que se había brindado a los españoles». Y es el propio Ricardo de la Cierva, en el libro referido, quien concluye con esta frase lapidaria: «El pueblo español, que no había leído el proyecto y tampoco leería la ley, advirtió muy pronto que le habían engañado».

El régimen se enrocaba. Enseguida se produjo el cese de Muñoz Grandes como vicepresidente del Gobierno, el 22 de julio de 1967; el nombramiento de la guardia pretoriana franquista, con los cuarenta consejeros llamados «de Ayete», el 19 de septiembre del mismo año, y a los pocos días Carrero Blanco fue nombrado vicepresidente del Gobierno.

Cuando finalmente pudimos conocer a fondo el texto de aquella ley, tan decepcionantemente continuista, Federico Silva se sumió en la decepción silenciosa y nosotros nos dedicamos a oponernos. Leyendo el proyecto y analizando la propaganda que hacía el Ministerio de Información y Turismo se evidenciaba que votar aquello era votar la consolidación del régimen del general Franco. Los grupos

democristianos y los monárquicos liberales éramos muy conscientes de ello, y por eso hicimos cuanta propaganda pudimos por el no. Cerramos filas en aquella ocasión. Aunque no sirvió de mucho en el referéndum propiamente dicho, sí fue una experiencia útil de unidad de cara a los años siguientes.

Por supuesto, el régimen ganó el referéndum. Votó el 89 por ciento del electorado y hubo un 95 por ciento de votos afirmativos.

Seguimos trabajando, como siempre a través de la Asociación Española de Cooperación Europea. Nosotros y los demás. Si no me equivoco, la primera vez que se habló de socialismo y de otros temas intocables en la España franquista se hizo en Gran Vía, 43, en aquel destartalado piso en el que tantas y tan intensas experiencias vivimos.

En aquellos años llegó a Estoril, de la mano de Rafael Calvo Serer, uno de los personajes más notables y singulares de la oposición democrática española, Antonio García Trevijano, un notario granadino de gran capacidad intelectual y ambición, que desempeñó un papel relevante en toda la etapa anterior a la Transición. Como se sabe, fue el alma de la Junta Democrática. Creo que tuvo el mérito de llevar al Partido Comunista —en especial a Santiago Carrillo— al terreno del diálogo y del entendimiento con los demás grupos de la oposición. No estoy muy seguro de que el tiempo haya hecho justicia a García Trevijano, al que siempre he profesado profundo respeto por su temple, que en ocasiones le hace parecer insensato, aunque no tiene nada de ello. Pareció que iba a ser un personaje clave de la oposición, hasta que el PSOE, por boca de Enrique Múgica, que habló de sus negocios en Guinea Ecuatorial, decidió acabar con su protagonismo. Y lo consiguió.

Alguna vez he contado esta pequeña anécdota, muy reveladora de la personalidad de García Trevijano. En un almuerzo en el restaurante Breda de Madrid al que asistíamos Robert van Schendel y yo mismo, Antonio nos contaba el desarrollo de toda la operación Junta Democrática-Plataforma de Convergencia y, de repente, dirigiéndose a mí muy serio, me hizo prometerle que no propondría su nombre como presidente de un hipotético gobierno provisional. Divertido, le contesté que no me podía pedir algo que no dependía de mi voluntad. Él nos aseguró que no aspiraba a funciones gubernamentales, sino institucionales.

## La confusa unidad de la oposición

Los partidos políticos abordamos la Transición un poco desconcertados, esa es la verdad, a caballo entre la ruptura y la reforma, con la iniciativa siempre en manos de Suárez, cabeza de los reformistas del régimen. Costó incluso alcanzar una organización unitaria de la oposición. Primero se creó la Junta Democrática, en la que pesaba demasiado Santiago Carrillo, pese a la relevancia e hiperactividad de García Trevijano y Calvo Serer, dos personas que por lo demás no inspiraban plena confianza a todos. Ellos eran la Junta, además del Partido Carlista de Carlos Hugo, lo cual hacía aún más extraña la mezcla. Enrique Múgica, como he dicho, disparó contra la línea de flotación de la Junta Democrática cuando hizo una serie de acusaciones a García Trevijano sobre sus actuaciones en Guinea Ecuatorial. Los demás acabamos constituyendo la Plataforma de Convergencia Democrática, que finalmente confluiría con los otros en la célebre Platajunta. Pero la Platajunta, que fracasó en su oposición al referéndum de la Ley para la Reforma Política, como tal apenas negoció nada con el Gobierno. Este acordó cosas con los socialistas, con los comunistas, con tal o cual partido, pero no con el conjunto de la oposición.

En esas estábamos los democristianos antifranquistas, mientras los procedentes del régimen también trataban de organizarse, con un Federico Silva que no acababa de pisar terreno firme, un Pío Cabanillas que seguía muy unido a Fraga y unos cuantos tácitos convencidos de que había que avanzar bajo la bandera de Adolfo Suárez.

Los que habíamos disentido en el seno de la Democracia Social Cristiana de Gil-Robles estuvimos en el partido de Ruiz Giménez hasta el congreso de El Escorial, celebrado en abril de 1976. Esa organización había ido cristalizando a partir del grupo de Giménez Fernández, al que se había incorporado Joaquín y al que nos habíamos sumado nosotros, además de otras personas y otros grupos. Giménez Fernández intentaba que Óscar Alzaga fuera su sucesor en la presidencia, pero este era demasiado joven en aquellos tiempos. Acababa de terminar la carrera y desde luego era muy brillante. A principios de los sesenta trabajaba en el sindicalismo universitario. En su día había participado en la junta de facultad reunida para discutir el intento de expulsión de Jesús Prados Arrarte. La junta tomó la decisión de oponerse a esa medida. Óscar, por aquel entonces, estaba becado. El rector, Segismundo Royo-Villanova, molesto por su comportamiento, vino a decirle que no tenía futuro en la facultad, es decir, que como mínimo se podía quedar sin beca. Alzaga se dedicó a la democracia cristiana en el grupo de Manuel Giménez